

consiste en que el proyecto LINCOS, tan estrechamente vinculado a la persona del ahora representante especial de Naciones Unidas para las tecnologías de información y comunicación, no sirve como modelo o referente para la tarea propuesta. Si es usado como tal, habrá inversiones multimillonarias, pero no habrá una contribución significativa para superar el problema del acceso y de los beneficios tan desiguales de esas nuevas tecnologías.

Bert Hoffmann, politólogo del Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín. Acaba de concluir (con Roman Herzog y Markus Schulz) un proyecto de investigación sobre el uso y regulación de las nuevas tecnologías de información y comunicación en América Latina, realizado por el Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo con el apoyo de la Fundación Volkswagen.

Ernesto Garzón Valdés

La crisis argentina

La actual situación política, económica y social de Argentina ha provocado en el exterior sorpresa manifiesta y en el interior del país desilusión airada. Como dos ejemplos paradigmáticos de sorpresa exterior valgan los siguientes: el 8 de enero de 2002, Mario Vargas Llosa, en un artículo periodístico de *La Nación* titulado “¿Por qué? ¿Cómo?”, se preguntaba perplejo cuáles eran las causas que habían conducido al desastre argentino. También ese mismo día, en el mismo periódico, Fernando Savater expresaba su desorientación con una frase de insuperable claridad: “Los tumbos de Argentina son totalmente inexplicables”. El ruido de cacerolas derribó cuatro presi-

dentos en tan sólo dos semanas y el 89 por ciento de los argentinos se identifica con los cacerolazos como forma de protesta pacífica y expresión de hartazgo y de rabia.

Tanto la sorpresa como la desilusión responden a la percepción de una realidad que se presenta como insólita o imprevista. La primera es, en buena parte, el resultado del desconocimiento de relaciones causales; la segunda es la consecuencia de haber alentado falsas ilusiones. Para evitar la sorpresa o la desilusión lo mejor es procurar acercarse sobriamente a la situación argentina y tratar de describirla presentando algunos rasgos que expliquen por qué estamos donde estamos y por qué es difícil superar con éxito un estado de cosas en donde una especie de causalidad circular estimula la estabilidad de la crisis y, al hacerlo, aumenta la dimensión del fracaso de un proyecto de nación.

En lo que sigue, me limitaré a formular cinco tesis de las que pueden inferirse algunas conclusiones que pueden estimular la discusión sobre la actual crisis argentina.

No es posible tratar aquí toda y cada una de las ilusiones que han condicionado la interpretación de la historia argentina. Baste mencionar las siguientes:

1. La ilusión del liberalismo y del papel democratizador de las clases medias.
2. La ilusión del peronismo y la frustración pos-peronista.
3. La ilusión demencial del terrorismo de Estado.
4. La ilusión de la justicia a medias.
5. La ilusión neoliberal.
6. La ilusión de la renovación institucional tras la supuesta superación del menemismo.

Mi primera tesis sostiene que cada una de estas ilusiones dio origen, a su vez, a reacciones, muchas de ellas falsas, que

enturbiaron aún más la visión de los problemas “reales” y contribuyeron a que nuestra sociedad terminara convirtiéndose en una sociedad moralmente indecente, políticamente distorsionada y económicamente expelente. En efecto:

La sociedad argentina actual es una sociedad indecente

Avishai Margalit (*The Decent Society*, Cambridge, Mass./Londres: Harvard University Press 1998) ha propuesto la siguiente definición: “Una sociedad decente es aquella que combate las condiciones que constituyen una justificación para que sus miembros se consideren humillados. Una sociedad es decente si sus instituciones no actúan de forma tal que la gente bajo su autoridad tenga buenas razones para considerarse a sí misma humillada”.

Pienso que una gran mayoría de mis conciudadanos tienen “buenas razones” para sentirse humillados y lesionados en su autoestima como seres humanos. Estamos pues frente a una “Argentina indecente” en la que, por un lado, la amenaza del hambre se cierne sobre cuatro millones de argentinos; la miseria se incrementa a razón de 70.000 pobres más por mes; se registra un aumento en el Gran Buenos Aires del 30% de asesinatos en enero de 2002 en comparación con el mismo mes del año anterior; en Jujuy los niños no alcanzan la altura correspondiente a su respectiva edad por falta de alimentación adecuada y una buena parte de la clase media media y media baja ha perdido sus ahorros acorralados por haber confiado en la vigencia de leyes derogadas por los mismos que las promulgaron. En el otro extremo, Carlos Menem formula consejos de organización económica y social desde una *suíte* mexicana cuyo costo diario es de

4.000 dólares; el fiscal general de Ginebra, Bernard Bertossa, confirma depósitos de 10 millones de dólares y formula la sospecha fundada de que el titular de los mismos es el líder justicialista liberado no hace mucho de culpa y cargo en un escandaloso proceso gracias a un fallo de la Suprema Corte, cuyo presidente es ex socio del acusado; el dubitativo Fernando de la Rúa renuncia ante el primer cacero-lazo con muertes en plaza de Mayo; el viernes anterior a la imposición del corralito, 358 camiones blindados transportaron al exterior unos 1.800 millones de dólares de quienes dispusieron de información privilegiada y pusieron así a buen recaudo sus depósitos bancarios. La lista de hechos que testimonian el abismo existente entre humillados y poderosos podría continuarse largamente y ello no haría más que confirmar la existencia de una sociedad indecente.

La sociedad argentina actual es una sociedad políticamente distorsionada

La estructura formal de las instituciones democráticas está radicalmente desfigurada por las reglas del éxito entusiastamente practicadas por buena parte de quienes detentan el poder político. Estas reglas responden a un objetivo básico: la práctica de la corrupción y la garantía de la impunidad. Ya en 1988, el capo de la mafia Alfredo Yabrán, vinculado a las altas esferas gubernamentales argentinas, formuló en una concisa frase la interpretación vigente de lo que significa tener poder: “Poder es impunidad”. No puede sorprender por ello que el actual presidente argentino evaluara no hace mucho la calidad moral y profesional de la dirigencia política con la siguiente frase auto-referente que el diario madrileño *El País*

publicó como titular de una de sus páginas: “La clase política argentina es una mierda en la que yo me incluyo”. Tampoco resulta extraño que las y los *cacero-leros* desfilen por las calles gritando a voz en cuello: “¡Que se vayan todos!”. El carácter universal de esta frase debe ser entendido literalmente. No se refiere sólo a los funcionarios de alta jerarquía del Ejecutivo, sino que abarca también a los diputados y senadores (envueltos durante el gobierno de De la Rúa en un conocido escándalo de soborno) y a la Suprema Corte de Justicia integrada por jueces en su mayoría sospechosos de corrupción y de menguada capacidad profesional. Sobre cada uno de los nueve miembros de la Corte pesa un promedio de 15 solicitudes de juicio político. Probablemente prosperará el juicio político pero no por razones de idoneidad sino por haberse opuesto al levantamiento del “corralito”.

La impunidad es, desde luego, la manifestación judicial de un fenómeno más amplio: la corrupción. La crónica de los escándalos judiciales llena ya varios volúmenes y forma parte de la información cotidiana de los periódicos. El ciudadano de a pie tiene que desarrollar estrategias flexibles para no ser víctima de la arbitrariedad judicial y, al mismo tiempo, obtener las mayores ventajas posibles de este desvencijado sistema normativo. La corrupción de no pocos jueces estimula la de los ciudadanos quienes, a su vez, a través del frecuente recurso del soborno, alimentan aquélla.

En el ámbito del poder legislativo nacional y provincial la situación es también alarmante. Así, por ejemplo, la provincia de Formosa dispone de un presupuesto legislativo mayor que el de Baviera, a pesar de que en este *Land* se legisla para 12.000.000 de personas (la población de Formosa es de 504.000 habitantes) y tiene un PIB 155 veces más alto que el de Formosa.

Según una encuesta de Gallup Argentina de junio de 2001, esta “impudicia” presupuestaria provoca en el 92% de los ciudadanos argentinos el reclamo de bajar el gasto público del aparato político, pero el 78% se muestra escéptico con respecto a la posibilidad de que este reclamo se materialice en medidas concretas de reducción de costes. Y aunque el 47% de los encuestados considera que los problemas actuales argentinos obedecen más a razones políticas que económicas, sólo el 23% se interesa por la política (en 1984 el porcentaje era del 43%).

Quien desee comprender la situación institucional argentina no puede limitarse a la percepción externa del diseño institucional –división de poderes, elecciones libres dentro de un marco de democracia, libertad de prensa y de asociación–, sino que deberá adentrarse en el estudio de la práctica de las reglas que prometen algún éxito en una sociedad institucionalmente desquiciada: un “país al margen de la ley”, como acertadamente lo calificara Carlos S. Nino ya en 1992.

Si ello es así, lo sorprendente es la sorpresa que algunos experimentan frente a la situación argentina actual.

La sociedad argentina es una sociedad económicamente expelente

Cuatro de cada diez jóvenes argentinos quieren irse del país. Tal es el resultado de una encuesta Gallup de enero de 2002. La motivación de esta emigración masiva es monótonamente deprimente: la falta de futuro en Argentina, el desaliento, la inseguridad, la imposibilidad real de formular planes de vida humanamente dignos.

Al deseo de emigración se suma ahora el interés manifiesto de algunos países como España, Italia, Israel o los Estados Unidos por estimularlo oficialmente. Bas-

ten al respecto algunos ejemplos significativos. El 5 de agosto de 2000, el embajador italiano en Buenos Aires, Giovanni Jannuzzi, publicó en el diario *La Nación*, bajo el título “Italia y los hijos que se fueron”, un artículo rebosante de optimismo ante la posibilidad de que millones de argentinos descendientes de italianos regresaran a la “madre patria”. Entre otras consideraciones, formulaba las siguientes:

“Hay millones de italianos [...] que por su herencia familiar tienen en común con nosotros la identidad de cultura y de valores, conservan a menudo parientes y amigos en Italia, hablan nuestro idioma o pueden volver a aprenderlo sin dificultad. Tienen, por lo tanto, todas las posibilidades para integrarse rápidamente en nuestro tejido económico y social. En otras palabras, podríamos estar teniendo al alcance de la mano una solución que parecería casi imposible: ¡repoblar a Italia con italianos!”

Esta invitación a despoblar Argentina (más de la mitad de su población es de origen italiano de tercera generación) no provocó ninguna reacción oficial argentina, pero sí habrá reforzado el interés de emigración de buena parte de la juventud italo-argentina. Así lo demuestran algunos datos recientes: en Santa Fe, según el vicecónsul de Italia Raúl Castilla, se “había multiplicado el número de interesados que tramitan la ciudadanía italiana con urgencia”. En Rosario, el número de solicitantes es tan grande que se han otorgado turnos para agosto de 2002. En julio de 2000, el cónsul italiano en Buenos Aires, Francesco Genuardi, manifestó que desde comienzos de ese año se habían otorgado 6.835 pasaportes, es decir, casi la misma cantidad que en todo el año 1999. El número de solicitantes es tan grande que para evitar colas demasiado largas, la embajada de Italia ha estableci-

do un sistema de sorteo; el primero de ellos se realizó en mayo de 2001 en el teatro Coliseo con una capacidad para 1.900 personas. Los primeros turnos fijados sobre la base de los ganadores en esta tómbola de emigración se harán efectivos en junio de 2002.

Si la “invitación” italiana está dirigida, sobre todo, a jóvenes que habían recibido educación superior, España formuló el 10 de abril de 2001 una “oferta para jóvenes de doble nacionalidad” con vocación castrense. La “oferta” consistía en el envío de 15.000 cartas a jóvenes argentinos entre 18 y 27 años de origen español invitándolos a incorporarse como tropa profesional a las Fuerzas Armadas españolas. Tampoco hubo aquí reacción oficial frente a esta peculiar “invitación”.

Estas propuestas caen, por cierto, en suelo fértil. El número de descendientes de españoles deseosos de “retornar a sus raíces” aumenta continuamente. Así lo documenta el incremento extraordinario de los pedidos de pasaportes españoles: 10.600 en 1998 y aproximadamente 20.000 a fines del año 2000. Según el periódico madrileño *El País* (31/12/2000): “Podría llegar a ser un éxodo en toda regla. En Argentina hay 253.000 ciudadanos con pasaporte español, pero no son todos los que están. Las autoridades consulares aseguran que otros 250.000 al menos podrían recuperar la nacionalidad española por ser hijos, nietos o bisnietos de españoles”.

Una de las colectividades intelectual y económicamente más significativas de Buenos Aires es sin duda la de origen judío. El 26 de abril de 2001, los periódicos argentinos publicaron una “sorpresiva convocatoria”: el primer ministro israelí Ariel Sharon había manifestado en una entrevista con *The Jerusalem Post*: “Hay 230.000 judíos en la Argentina en una situación económica muy difícil [...] a los que tenemos que sacar de allí”.

Argentina es un triste ejemplo de una “sociedad Neandertal”

Es sabido que los genes del llamado “hombre de Neandertal” eran los mismos que los del *Homo sapiens sapiens* de quien descendemos. Pudo haber sido un ejemplar biológicamente exitoso, tenía todas las posibilidades de serlo, pero se había amoldado tanto a las condiciones climáticas de su entorno que, cuando éstas cambiaron, no pudo o no quiso adecuarse a la nueva situación. Se encaminó hacia un callejón biológico sin salida y terminó siendo vencido, también económicamente como nos cuentan los antropólogos, por otros tipos de *Homo sapiens* genéticamente emparentados con el *Homo neanderthalensis*, el *sapiens fracasado*.

La historia conoce casos de “sociedades Neandertal”, sociedades que conociendo la rueda no supieron utilizarla para facilitar el desplazamiento de personas y materiales o que emplearon los conocimientos mecánicos de un Herón de Alejandría tan sólo para fines religiosos de utilidad práctica nula. Y así les fue: terminaron siendo absorbidas o derrotadas por sociedades más diligentes y emprendedoras. Habiendo partido de una situación original similar a las posteriormente exitosas, las fracasadas fueron, en no pocos casos, artífices de su propio destino.

Argentina podría ser considerada como un caso paradigmático de sociedad Neandertal: un país que hasta comienzos de los años treinta del siglo pasado podía compararse objetivamente con Canadá o Australia, no ha sabido o no ha querido imitar los modelos de los países exitosos y adecuarse a las exigencias de un mundo en acelerado desarrollo con el que hasta genéticamente estaba estrechamente vinculado.

Esta situación no es el resultado de catástrofes naturales o de imposiciones imperialistas sino el producto de nuestra

incapacidad para comprender y satisfacer las condiciones necesarias de una supervivencia colectiva digna, que no tienen nada que ver con las recetas de un superministro de autoproclamada competencia, colaborador eficaz de la más sangrienta dictadura argentina, que en plena democracia enviaba a “lavar platos” a los científicos y que durante decenios supo encubrir el desvalimiento económico argentino con la falsa ilusión de una moneda fuerte curiosamente sólo negociable dentro de las fronteras nacionales. Si a ello se suma una trágicamente desafortunada gestión de Fernando de la Rúa, una oposición ahora triunfante sobre la que pesa la sospecha de que pretende trasladar a nivel nacional sus rivalidades internas para apoderarse de una confusa herencia ideológica, una corrupción desembozada e impune, no puede sorprender que en un país potencialmente rico casi la mitad de sus jóvenes desee emigrar, la confiabilidad de la Justicia disminuya día a día y la frustración de la inmensa mayoría se manifieste en protestas masivas, expresión auténtica de hartazgo y desilusión.

Un peligroso lugar común sostiene que cuando los pueblos “tocan fondo”, una especie de mágico resorte los proyecta hacia arriba. Nada más falso: no hay resortes ni pozos con fondos. Las posibilidades de caída se multiplican con cada traspie y los argentinos venimos tropezando desde hace mucho tiempo. Las recetas del éxito tampoco están en clave descifrable sólo por unos pocos elegidos. Están al alcance de todos; basta con leerlas atentamente. Sabemos cómo hay que utilizar la rueda y conocemos los escritos de los modernos *herones* de Alejandría. Se llaman, Montesquieu, Rousseau, Kant, Alberdi o Sarmiento. Sabemos que sin respeto a la dignidad espiritual y material del ciudadano no hay democracia que funcione, que sin un Estado que pueda poner coto al desenfreno suicida del mercado el capitalismo acrecienta

la miseria y que cuando la corrupción es la que establece las reglas del bienestar personal, no hay sociedad que se salve.

La sombra de Neandertal se proyecta sobre una nación desorientada y envuelta por los velos de ilusiones que infatigablemente los argentinos tejemos tras cada desilusión. No hay ni destinos manifiestos ni decadencias inevitables: la historia no la hacen los dioses sino los hombres con sus acciones y omisiones. Por ello, ningún comportamiento público es irrelevante; las encerronas y las posibles salidas son obra del quehacer humano. Pero cada falso movimiento duplica el esfuerzo necesario para superar sus efectos. Y bien puede suceder que lo perdido sea cada vez más difícil de recuperar y que sólo quede el menguado consuelo de la nostalgia de lo que pudo haber sido. Algo de eso debe haber experimentado el último *Homo neanderthalensis*. Fue víctima de una evolución fallida. Los pueblos no están sujetos a condicionamientos biológicos insuperables pero pueden iniciar, a raíz de decisiones institucionales relevantes, un recorrido de perdurables consecuencias. Se produce entonces aquello que los economistas llaman “dependencia de la senda”, es decir, que a lo largo del camino emprendido se van produciendo cambios con efectos de auto-reforzamiento que fijan un rumbo difícil de modificar. La evolución sociopolítica suele adquirir entonces rasgos similares a la biológica. Y es obvio que cuando las decisiones iniciales son tomadas tras velos de falsas ilusiones, descuidando las exigencias del entorno nacional e internacional, cada paso que se da por esta senda aumenta la semejanza con la encerrona biológica de aquel *homo* malogrado.

* * *

En febrero de 2002, el politólogo Juan Linz al referirse, entre otros, al problema

argentino, afirmaba que una de las obligaciones del político —y con mayor razón podría decirse lo mismo del científico— es decir qué situaciones son irresolubles o cuales tienen muy difícil solución.

Si se aceptan las cinco tesis aquí propuestas, pienso que no es muy difícil concluir que la situación argentina actual no es resoluble a un plazo aceptablemente breve. La cadena de condiciones necesarias para que tal fuera el caso es de laboriosa realización, ya que requiere, a más de recursos materiales, un cambio radical de la cultura política argentina tanto más difícil si se toma en cuenta el descrédito justificado de los dos grandes partidos tradicionales y nuestra congénita tendencia a imputar nuestros fracasos más a factores externos que internos. Esto último no significa, desde luego, negar importancia de las presiones externas y del marco internacional dentro del cual la crisis argentina se suma a otras muchas que concentran la atención de los grandes de este mundo. Su tratamiento superaría los límites que me había fijado para esta consideración fragmentaria de la crisis argentina.

Ernesto Garzón Valdés ha sido hasta 1999 profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Maguncia. Sus últimos libros son El velo de la ilusión, Buenos Aires, 2000 e Instituciones suicidas, México, 2000.

Jorge Schvarzer

El fracaso histórico de la convertibilidad

Argentina en la década del noventa

Argentina ingresó en la década del noventa en medio de una inflación alta y